



RELATO CORTO GANADOR EN EL CONCURSO CONMEMORATIVO EN HONOR DEL PATRÓN DE LA FACULTAD “SAN VICENTE FERRER” 2015

6 DE ENERO DE 2002

Elena Lozano Puñet- Estudiante de la Facultad

Era la mañana del 6 de enero de 2002. Yo contaba con 9 años de edad. La noche anterior habíamos cenado con la familia y antes de irnos a la cama, mi madre nos hizo poner a mí y a hermanos una zapatilla en el salón. La mía la dejé donde siempre: encima del radiador con la suela hacia arriba. Había descubierto que, puesto que al día siguiente la calefacción ya se habría puesto en marcha para cuando nos levantáramos, mi zapatilla habría almacenado el calorcito del radiador en su interior. Meter el pie frío por la mañana en el interior de la zapatilla-estufa era el primero de los muchos buenos momentos de los 6 de enero.

Pero ese 6 de enero no fue igual a los demás. El día 5 por la noche, mi madre nos hizo contar todos nuestros ahorros y meterlos dentro de la zapatilla. Nosotros ya sabíamos por qué: había entrado en circulación la nueva moneda y la peseta dejaría de existir, así que los Reyes Magos nos cambiarían las pesetas para que pudiéramos seguir teniendo dinero válido. Mi madre introdujo un papel en cada zapatilla, en las que se encontraban todas las monedas que nuestras cortas vidas habían conseguido coleccionar, y en el papel estaba escrita la cantidad de pesetas que había dentro y su correspondencia en euros “para facilitarle las cuentas a los Reyes Magos”. El mío decía así:

“MAR: 263 PTS. = 1’58€”

263 pesetas. 52 chuches de 5 céntimos, y camino de la 53. Ya sabía que esa era la cantidad que me correspondía en euros porque en el colegio se habían encargado de explicarnos que 100 pesetas pasaban a valer 60 céntimos. Y 1 euro equivalía a 166.386 pesetas:

1 céntimo = 1 peseta

5 céntimos = 8 pesetas

10 céntimos = 16 pesetas

20 céntimos = 33 pesetas

Y así con todas las igualdades de cada nueva moneda. No protesté.

Al día siguiente, es decir, el 6 de enero de 2002, me levanté de la cama, me puse una sola zapatilla y fui corriendo directa al radiador. Pero mi zapatilla no estaba puesta del revés, sino que tenía la suela apoyada en el radiador. La miré con recelo y la cogí con cuidado, suponiendo que los Reyes habían introducido mis euros dentro. Metí la mano y ahí estaban, cinco preciosas y nuevas monedas. Una plateada con un aro dorado, el euro; una más grande y dorada, los 50 céntimos; y tres de cobre, una de 5 céntimos, otra de 2 y una pequeña de 1.

Sostuve las cinco monedas en la palma de mi mano mientras las observaba con suma curiosidad, las volteaba, rodaba, acariciaba y analizaba minuciosamente. Entonces mis hermanos se levantaron y vinieron corriendo y alborotando, pero pararon en cuanto me vieron de pie, totalmente quieta, frente a mis regalos (a los cuales aún no había prestado atención).

- Mar, ¿qué haces?- me giré y vieron las monedas en mi mano.

- Euros- fue lo único que alcancé a decir.

Ese fue mi primer contacto con la moneda de Europa.

Al día siguiente, después de haber estado todo el día anterior con nuestros nuevos juguetes, fuimos a dar un paseo al parque por la mañana. Yo llevaba mi euro y cincuenta y ocho céntimos en el bolsillo interior de mi abrigo, bien protegidos. Había hecho ya las cuentas en casa con mi hermano mayor, Roberto, que había empezado ese año el instituto.

1'58€ correspondían a 52 chuches de 5 pesetas, ya que 5 pesetas eran igual a 3 céntimos. Así que todo seguía igual.

Me acerqué al quiosco mientras pensaba en las chuches que me iba a comprar. Cuando llegué al mostrador, alcé la cabeza para otear las cajas que contenían los diferentes tipos de chuches. El rostro se me tensó rápidamente en lo que debió de ser una mueca horrible que expresaba mi asombro, incredulidad e incluso repugnancia hacia el panorama que había desplegado ante mí: todas las chuches de 5 pesetas habían pasado a valer 5 céntimos de euro. Cuando entendí que esto conllevaba una reducción drástica de la cantidad de chuches que podía adquirir, los ojos se me llenaron de lágrimas y tuve la peor rabieta que mi madre recuerda. ¡Estuve media hora sin ni siquiera poder explicar lo que me ocurría! ¡Pobre quiosquero!

Ése fue mi primer cruel y despiadado contacto con la inflación, la pérdida de poder adquisitivo y la dureza de los mercados capitalistas.